



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Tres fortalezas medievales en la Guerra de la Independencia (1808-1813)

Juan Bosco Valentín-Gamazo de Cárdenas
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Patrimonio Histórico Militar

6 de junio de 2022

Introducción

En de octubre de 1807 y como consecuencia del tratado de Fontainebleau, tropas francesas al mando del mariscal Murat entraron en España con el pretexto de la invasión de Portugal. El 10 de mayo de 1808, tras los sucesos del 2 de mayo, Napoleón ordenó la marcha del ejército del mariscal Dupont hasta Cádiz para proteger la escuadra francesa bloqueada por los ingleses. Para el Emperador, la región de la Mancha, que no representaba ningún objetivo estratégico, tenía una gran importancia como vía de comunicación y logística entre la capital y Andalucía.

Durante le Edad Media y la Edad Moderna la comunicación desde la meseta sur con Sevilla se hacía a través del Camino Real que, desde Toledo, se dirigía por Los Yébenes a Ciudad Real para después continuar por Puertollano hasta Montoro, ya en el valle del Guadalquivir. Pero bajo el reinado de Carlos III y asociado a las acciones de colonización realizadas al sur de Sierra Morena, se abrió el paso actual de Despeñaperros mediante la realización de numerosas obras de infraestructura viaria. Este paso es el que emplearon los franceses durante toda la guerra en su intento de controlar Andalucía y el puerto de Cádiz.

La ruta seguía el trazado de la antigua calzada romana que, desde Toledo, continuaba hasta Madrideojos para llegar a *Laminium* (hoy Alhambra, en la provincia de Ciudad Real). Desde Madrideojos, las tropas imperiales seguían por la actual A-4 hasta Despeñaperros.

Los movimientos que realizaron los ejércitos imperiales hacia el sur hasta el año 1813 se apoyaron en su trayecto manchego en tres fortalezas medievales todavía utilizadas en esta época, que fueron el Alcázar de Toledo, el castillo de Consuegra y, ya en Ciudad Real, el castillo de Manzanares. Documentos franceses hablan de las órdenes del mando al mariscal Víctor en su contraofensiva hacia el sur tras la derrota española en Ocaña (noviembre 1809) con el fin de fortificar estos tres castillos para dar seguridad y apoyo logístico a los ejércitos imperiales.

En una primera fase de la guerra, hasta la Batalla de Bailén en junio de 1808, el movimiento de los imperiales, con excepciones como los sucesos de Valdepeñas, fue relativamente pacífico. En una segunda fase, tras la llegada de Napoleón a Madrid, la situación obligó a mantener fuerzas de ocupación en la Mancha. A partir de la primavera de 1812, con motivo de la campaña de Rusia, se produjo un repliegue de parte de las fuerzas de ocupación, para abandonar definitivamente la región en marzo de 1813

El Alcázar de Toledo

La emblemática fortaleza toledana de origen musulmán, ampliada y reforzada tras la conquista castellana en el siglo XI y especialmente durante el reinado de Alfonso X en el XIII, fue transformada bajo el reinado del Emperador Carlos V en Palacio Imperial. Esta última actuación le dio la estructura y el aspecto que hoy día podemos admirar a pesar de las múltiples vicisitudes sufridas.

Tras la destrucción producida por las tropas del archiduque Carlos durante la guerra de Sucesión en 1710, que dejaron el edificio en ruina, el edificio fue rehabilitado bajo la dirección y el patrocinio del cardenal Borbón-Lorenzana bajo el reinado de Carlos III, inaugurándose para su uso como casa de caridad en 1776.

El 21 de abril de 1808 y siguiendo las órdenes de Murat, el general Dupont ocupó Toledo con su división de 10.000 soldados y 400 caballos. Permaneció en esta plaza hasta el 24 de mayo, cuando su ejército partió hacia Andalucía.

El Alcázar, además de la solidez y dimensiones de su fábrica, ofrecía la ventaja de dominar el puente y la puerta de Alcántara y los accesos desde el este y el sur a Toledo, así como la carretera de Madrid. La guarnición francesa de Toledo varió a lo largo de la guerra, pero se considera que comprendió una media de 4.000

soldados hasta enero de 1810, fecha en la que se produjo el incendio que lo destruyó de nuevo. La importancia de Toledo y especialmente del Alcázar para las tropas francesas era la de servir como base logística para las operaciones que se realizaban en la Mancha y Andalucía. El edificio proporcionaba alojamiento para la tropa y el ganado y también se utilizaba para el almacenamiento de todo tipo de recursos, entre los que destacaba un depósito de pólvora situado en la cara de poniente de la planta de entresuelo. En épocas de mayor presencia, como en el caso de Dupont al inicio de la guerra, se ocuparon también edificios religiosos y particulares en los que ocasionaron destrozos, así como desmanes con la población civil, lo que fue causa de motines y enfrentamientos. También fue utilizado como cárcel para los prisioneros españoles capturados en la batalla de Ocaña.

Pero el momento más significativo de la presencia francesa en el Alcázar se produjo durante la noche del 31 de enero de 1810. A las nueve de la noche se inició un incendio que rápidamente se extendió por todas las dependencias. La fuerza presente, auxiliada por la población de Toledo, actuó rápidamente para intentar sofocarlo, cosa que no se consiguió, pero sí lograron sacar la pólvora que estaba allí almacenada evitando una catástrofe mayor que habría destruido completamente el edificio y afectado a la ciudad.



Del incendio se salvaron los muros exteriores y las plantas inferiores. Desaparecieron las cubiertas con un resultado similar al del incendio de los austriacos de 1710. Sobre las causas del siniestro, todo apunta a que se trató de un accidente fortuito agravado por las ingentes cantidades de paja depositadas en el Alcázar utilizada para cama de la tropa y alimento del ganado. La leyenda urbana habla de un incendio provocado por los propios franceses, pero que resulta inverosímil por la cantidad de pólvora que quedaba dentro del edificio en el momento del siniestro.

Desde este momento Toledo perdió capacidad como base logística retrasada, aunque se mantuvo guarnición hasta 1813, año en el que fue abandonada definitivamente por las tropas francesas.

Castillo de Consuegra

El segundo castillo de nuestra historia es el de Consuegra, la antigua *Consaburum* romana, situado en el cerro del Calderico que se eleva sobre la población. Este castillo formaba parte de la serie de fortalezas, junto con Mora o Almonacid entre otras, que en época de dominación árabe jalonaban la antigua calzada. La mayoría de ellos se mantuvieron después de la reconquista castellana, pero el de Consuegra tuvo una relevancia mayor al residir en esta población a partir de 1183 la cabecera de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén.



Consuegra se encuentra en el punto medio entre Toledo y Manzanares, población y castillo que estudiaremos a continuación, por lo que representaba de nuevo un punto de apoyo seguro en sus movimientos hacia el sur situada a dos jornadas de marcha de estas dos localidades.

El castillo, de grandes dimensiones, presenta una construcción central cuadrada protegida por tres torreones semicirculares. En la cara sur existe una torre albarrana unida mediante un adarve a la fortificación. Fuera de ella, dos muros sucesivos completan el sistema defensivo. Esta construcción, tanto por la superficie construida como por la altura de los edificios, permitía alojar de forma segura a los contingentes que hacían un alto en su marcha.

Hubo varios enfrentamientos en la localidad. El 22 febrero de 1809 el mariscal Sebastiani, tras derrotar a las tropas del duque de Alburquerque, ocupó Consuegra realizando saqueos e incendios, entre otros el de la parroquia de Santa María. En septiembre de 1812 el castillo fue tomado por las tropas españolas y su guarnición capturada. Tras ser recuperado por los franceses fue abandonado en 1813, siendo parcialmente volado en su retirada.

Castillo de Manzanares

El castillo de Pilas Bonas fue edificado a mediados del siglo XIII por la Orden de Calatrava junto al río Azuer y en una zona limítrofe con los territorios de las órdenes militares de Santiago y San Juan de Jerusalén. Esta división territorial era consecuencia del reparto de los nuevos territorios ganados tras la batalla de las Navas de Tolosa de 1212.

La fortaleza se edificó sobre un despoblado y, a su amparo, se fueron asentando sucesivas repoblaciones que dieron lugar a la actual villa de Manzanares. Está construida enteramente de tapial, sistema formado a base de grandes bloques de tierra prensada que se protegían exteriormente al recubrirlos de cal. La estructura está concebida para poder defenderse ante un ataque por los cuatro costados, al no existir ningún elemento natural de protección y, además, para poder acoger en su interior a la población circundante. Constaba de un muro exterior cuadrado que dominaba el foso y de una serie de edificios centrales con una gran torre del homenaje que compensaba la falta de elevación del terreno sobre el que se asienta el castillo. La organización interior respondía a la triple función para la que fue construido por la Orden: defensiva, administrativa y residencial.

Al iniciarse la guerra de la Independencia el castillo era utilizado como hospital y como depósito de grano de la Orden de San Juan, que era quien lo tenía encomendado. Para los franceses tenía un doble valor, en primer lugar, se trataba de la última plaza fuerte antes de iniciar el paso hacia Andalucía a través de Despeñaperros. Por otra parte, sus condiciones de superficie y habitabilidad permitían alojar de forma protegida a grandes contingentes. Las tropas imperiales realizaron obras de mejora, como el reforzamiento de los muros exteriores, la demolición de edificios próximos para aumentar el glacis, así como el derribo de un antiguo convento situado al sur del castillo sobre el que se construyó un fortín exterior. En marzo de 1813 las tropas francesas abandonaron definitivamente Manzanares.



Conclusión

Estas tres fortalezas de nuestra historia vivieron tras la Guerra de Independencia diferentes vicisitudes. El Alcázar de Toledo, como es conocido, sufrió un pavoroso incendio a finales del XIX y posteriormente su destrucción durante el asedio en 1936. Tras ser reconstruido, aloja desde 2010 a nuestro magnífico Museo del Ejército.

El castillo de Consuegra, después de la voladura francesa, pasó por un periodo de abandono y destrucción que se consumó con la desamortización de Mendizábal en

1837. En 1962 fue adquirido por el Ayuntamiento, que inició su rehabilitación hasta llegar a la situación actual en la que ha recuperado su pasado esplendor, utilizándose para todo tipo de actos culturales.

Finalmente, el castillo de Manzanares se salvó, precisamente, por la Desamortización. A mediados del siglo XIX, la parte que no se encontraba en ruina era utilizada como cuartel de la Guardia Civil y alojamiento de sus miembros. En 1864 fue subastado, pasando a manos privadas que, además de cambiar su fisonomía al adaptarlo al uso doméstico, provocaron su salvación, manteniéndose habitado hasta nuestros días. Actualmente la iniciativa privada ha convertido una parte del castillo en un establecimiento de hostelería, restaurando al mismo tiempo, aunque no con excesivo rigor histórico, parte de la muralla exterior y la torre del homenaje.

Tres historias con un final feliz para tres elementos de nuestro patrimonio histórico militar.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2022